

INTRODUCCIÓN

*Saget, Steine, mir an; o sprecht, ihr hohen Paläste;
Strassen, redet ein Wort! Genius, regst du dich nicht?*

J. W. VON GOETHE, *Elegías romanas* I.

¡Contadme, piedras! ¡Hablad vosotros, altos palacios!
¡Calles, decid siquiera una palabra! Genio, ¿no te conmueves tú?

Había llovido mucho aquel último día en Verona, pero escampó por la tarde. Compré un ramito de lavanda de recuerdo y, antes de empezar, pedí un café en la Piazza dei Signori. Las piedras todavía estaban húmedas, pero el cielo se iba despejando. Las nubes empapadas surcaban las alturas entre las torres, las palomas recogían algo del suelo y salían volando hacia las grietas del palacio, trisaban las golondrinas, el sol se ponía invisible detrás de los tejados. Es a esta hora, al son de las campanas, cuando el genio de las ciudades viejas parece concentrarse y prepara su asalto a nuestro corazón.

Es innegable que, al menos en algunos de nosotros, los sitios, los lugares —no soy capaz de encontrar en nuestra lengua cotidiana una palabra que lo exprese con la suficiente ternura y reverencia— se convierten en objeto de los más íntimos e intensos sentimientos. Independientemente de sus habitantes y, en realidad, hasta de su historia escrita, como la cuentan los libros, nos emocionan como si fueran criaturas vivas, hasta

el punto de que es posible trabar con ellos la amistad más profunda y satisfactoria.

Esto puede parecer un sinsentido si manejamos una idea de la amistad como lo que normalmente es, una relación meramente práctica y, las más de las veces, casual, en la que el papel principal lo ejerce el intercambio de ideas y favores, el traerse y llevarse esto o aquello, la mutua compañía en las fatigas y las penas. Pero hay otras formas de amistad que constituyen, además, la porción más noble de ella. Y tales formas pueden darse en nuestra relación con los lugares. De hecho, cuando intento definir el mayor bien que las criaturas humanas pueden hacernos, trascendiendo con mucho cualquier ayuda práctica o guía intelectual, se me llena el discurso con toda naturalidad de las metáforas más sutiles, tomadas en préstamo de nuestras relaciones con esos otros amigos que no son humanos. Decimos que nos subyugan con su encanto, que alzan nuestros espíritus, que orientan nuestros sentimientos hacia la serenidad y la dicha, que entonan melodías en nuestra memoria y hacen aflorar, como lo hacen también las melodías que oímos o recordamos, hasta el último trino musical que pueda haber en nuestra alma. Esos son los dones más elevados que nuestros afectos humanos pueden otorgar y, desde luego, los recibimos por igual —y me atrevo a decir que a veces más— de esa realidad impersonal a la que llamo, a falta de un nombre mejor, y desde un deseo que me ronda de expresar cierto agradecimiento, el *genius loci*.

Genius loci. Una divinidad que puede ser grande o pequeña, según sea el caso, y que merece, sin duda,

silenciosa adoración. Pero, antes de nada, no caigamos en el error de personificarla, ¡por piedad! No la imaginemos como ese hombre o mujer que porta corona mural y demás atributos heráldicos —la detestable historia concreta y definida— o esas espantosas señoras sedentes de la Place de la Concorde. Pensar en un lugar o en un país como una figura humana es, contra todo el ejercicio de los rétores, no pensarlo en absoluto. No, no... El *genius loci*, como todas las divinidades dignas de tal nombre, es de la misma sustancia que nuestro corazón y nuestra mente, una realidad espiritual. Y en lo que respecta a su corporeidad visible, no es otra que el lugar mismo, la región o el país. Y sus rasgos y su lengua son la forma del terreno, el desnivel de las calles, el sonido de las campanas y las acequias y, tal vez, sobre todo, esa amalgama extraña y sorprendente «de ríos que fluyen acariciando los viejos muros de la ciudad», de que se percató Virgilio:

Fluminaque antiquos subterlabentia muros.

Ese verso de Virgilio, que da testimonio —como tantos pasajes de Dante— de la fascinación profunda que los lugares ejercían sobre la mente latina, me sugiere, con toda naturalidad, la imagen del río Adigio. Y me lleva de vuelta a mis días solitarios en Verona, cuando volvía una y otra vez al río a buscar los enormes remolinos de agua azafrañada, con los molinos flotantes meciéndose sobre la superficie. Y esto me recuerda que, aunque lo que llamo *genius loci* no puede nunca personificarse, sí que podemos sentirlo más

cerca y con más fuerza en un monumento concreto o una característica del paisaje. A veces se manifiesta en toda su esencia, y subyuga más profundamente nuestros corazones, en el recodo de un camino, o en un sendero que desciende una colina zigzagueando entre miradores desde los que se divisan las montañas a lo lejos; o también en una iglesia como la de san Apolinar en Classe, cerca de Rávena. Pero en mi opinión se encuentra, sobre todo, allí donde confluyen las corrientes, o en las bocas de los ríos, que son lugares que atraen nuestros pasos y nuestros pensamientos una y otra vez, sin que sepamos bien por qué. Es ahí donde vive el genio de los lugares o, más estrictamente, *eso es*.

He comparado los sentimientos que podemos albergar hacia los sitios con los que despiertan en nosotros algunos de nuestros amigos. Hablo de sentimientos de amor y gratitud, no de prosaica camaradería o simple comunidad de afinidades. Pero, al igual que hay, o puede haber, relaciones humanas que forman parte de nuestra vida cotidiana, sin renunciar por ello a su poesía, existen también uno o dos lugares para cada uno que, aunque estén cerca de donde vivimos, generan en nosotros ininterrumpidamente una perenne sensación de gozo, admiración y gratitud. Como algunas secciones de los ríos de Inglaterra, desde luego; y, para quien escribe estas líneas, los valles y colinas empedradas de la Toscana.

El arquetipo de todos esos sitios es, sin embargo, Roma. El poder legendario que la ciudad imbuye en nuestros corazones no puede ser esclarecido ni explicado, ni siquiera por sus más devotos admiradores

que han convertido el hecho de conocerla en un fin en sí mismo, con el único propósito de disfrutar, por puro asueto, su *genius loci*. Hay que habitarla prosaicamente durante meses y años para llegar a apreciar verdaderamente la forma extraordinaria en que los problemas y trivialidades de la vida diaria, lejos de mermar este poder de la imaginación, se adaptan a él y se transforman para asumir su insignificancia *de la forma apropiada*. Se pierden en la seriedad y serenidad de Roma, y en esa certeza que Roma da tácitamente, como algunos seres humanos excepcionales, de que la vida, aun corta, hay que vivirla siempre con elegancia y honestidad.

Pero no era un caso tan extremo —más aún, único— el que ocupaba mi mente cuando expuse el tema de la amistad con los lugares; ni tampoco planteaba un amor infatigable y no percedero. Más bien pensaba en esos *amours de voyage*, en el sentido más noble de la palabra, que, aunque perduren largamente en el recuerdo, suceden necesariamente en un instante breve. «Ahora que nos hemos conocido —dice Whitman—, estamos a salvo.»

Los incidentes triviales, como puede ser también el caso de compartir una lectura o regalar una flor en el contexto de las relaciones humanas, pueden tener el efecto de transformar un emplazamiento en algo más que una expresión geográfica y convertirlo en algo *nuestro*. De hecho, uno de los encantos del ejercicio de la pesca o la caza, para los seres mediatibundos, es indudablemente la íntima conexión que propician entre uno mismo y el espacio que lo rodea.

De forma parecida, he tenido la sensación de haber sellado un pacto, o completado un rito religioso, después de haber bebido, un día, de una fuente de agua junto a la carretera más remota y menos transitada entre Subiaco y Tívoli, un día de marzo en que el polvo formaba remolinos en el aire, y desde entonces me une a esa fuente un vínculo inquebrantable. Es más, a veces siento como si no quisiera beber de ella, sino más bien verter una libación o ceñirme una guirnalda en honor del *genius loci*...

Pero, ya basta. Supongo que fue un capricho sentimental de este estilo lo que, después de asomarme tres o cuatro veces a ver los molinos flotantes del Adigio, me llevó a comprar aquel ramo de lavanda en la plaza de Verona, al ponerse el sol, entre el runrún de las golondrinas, cuando las campanas empiezan a invocar con su sonido la presencia de la divinidad de los lugares.